

Mi reflexión sobre el Chile que me tocó

Deseo agradecer la paciencia e interés en leer este documento que transmite, desde mi experiencia, una opinión personal, franca y sin reservas sobre una determinada realidad de mi país.

Iré a mi historia familiar y autobiográfica para fundamentar estas reflexiones, y el por qué mi preocupación, siempre ha sido, contribuir con la solidez de la República.

La crisis de 1973 me sorprendió siendo un joven teniente con 3 años de carrera, lo que provocó en mí una experiencia inesperada, para lo que yo pensaba, sería mi futuro de oficial de infantería. Sin embargo, Chile y mis circunstancias dijeron otra cosa.

Yo tuve una educación muy cercana a unos de mis bisabuelos maternos en su vieja casona en Viña del Mar. Era un ex juez, católico y conservador, que falleció cuando yo era aun niño, cuyo hermano (tío bisabuelo mío) murió combatiendo contra Balmaceda como segundo comandante del regimiento "Pisagua" en la batalla de Pozo Almonte. Nací viendo su foto y su fusil, el cual observábamos curiosamente con mi hermano. Yo poco entendía, pero suponía que Balmaceda era el malo. Nunca nadie me promovió esa idea , pero la historia del tío bisabuelo me permeó. La foto sepia del joven militar, que también había combatido en la guerra del Pacífico, reflejaba un drama familiar, pero también una realidad histórica de Chile.

Más tarde, y por mi interés en la historia y la genealogía, me informé que mi otro bisabuelo materno (que no conocí) era médico, alcalde, fundador y presidente del Partido Liberal Democrático en su zona, y destacado partidario de Balmaceda. Asimismo, me enteré que unos de mis bisabuelos paternos era un político liberal, masón y anticlerical, y enemigo de Balmaceda, pese a conocerse ambos desde la juventud. Mi otro bisabuelo paterno murió en 1898; era comerciante en Valparaíso, pero no tuve antecedentes de su posición frente a ese dramático acontecimiento. Ante este cuadro familiar, sucedido unos 60 años antes de que yo comenzara a tomar conciencia, y donde se fusionaba la tradición liberal- conservadora, percibí

con el tiempo, que las divisiones del pasado tenían que resolverse en una **síntesis y mirada de futuro**.

Desgraciadamente, y parafraseando a Vaclav Havel, hoy mi visión no es "optimista" porque no tengo la convicción de que mi deseo ocurra, sino que es mas bien de "esperanza", ya que tiene sentido y vale la pena que ocurra.

Dada mi historia familiar de influencia republicana, mi sensibilidad desde joven oficial fue que lo militar es parte de un contexto político, por ello, esa mañana del 11 de Septiembre y días siguientes, sentí un tranquilizador respaldo a la acción militar cuando conocí la carta de la cámara de diputados de Agosto de 1973, el apoyo de Jorge Alessandri y Gabriel Gonzalez Videla, luego la carta de Frei a Mariano Rumor. O sea, tres expresidentes de Chile, mas uno (Aylwin) que lo sería después , apoyaban y fundamentaban la intervención militar. Aun así pensé que se podía llegar a una guerra civil y mi mente se retrotrajo a la vieja casona de Viña del Mar, cuando observaba la foto de mi tío bisabuelo de uniforme y lo imaginaba entre balas, bayonetas y gritos de combate, desangrándose en las arenas del desierto. Tenia 28 años, y la pregunta era: ¿Habrá valido la pena que muriera por una causa política? Difícil respuesta porque, desde la perspectiva de la razón, quizás la respuesta es NO, pero desde la emoción, donde se guardan y capturan pasiones e ideales, la respuesta es que SI valía la pena, porque el ser humano se debate entre la razón y la emoción, y es en éste último lugar donde habitan las pasiones, ira, lujuria, miedos, envidia, narcisismo, alegrías, patriotismo, etc.

Estoy cierto que no es posible comparar la Guerra Civil de 1891 con septiembre de 1973, debido a que las víctimas, muchas mas en 1891 que en 1973 y siguientes, fueron propias de los campos de batalla. En cambio, 80 años después, las lógicas de confrontación eran de guerrilla y subversión urbanas, de carácter revolucionarias marxista y no sujetas a códigos propios del campo militar, lo que dejó muchas víctimas de lado y lado, y con ello un profundo dolor que perdura hasta hoy.

El gran cambio que habría ocurrido entre uno y otro acontecimiento, es que el 11 de Septiembre de 1973 estuvo en el contexto de la Guerra Fría y la polaridad, es decir, que no sólo tuvo una motivación interna, sino que también externa e ideológica.

Precisamente, si comparamos los golpes de Estado en la región, observaremos que Venezuela (Pérez Jiménez), Colombia (Rojas Pinilla) y Ecuador (Rodríguez) fueron motivados por problemas internos de esos países y no propios de la Guerra Fría, lo que los hizo incruentos. El caso chileno, propio de la Guerra Fría, nació por ello en la violencia y nunca pudo desembarazarse de ella.

Hace varios años, al leer "La peste" de Albert Camus, me hizo sentido la angustia de éste ante una infección que es moral y social, agrupando a todos nosotros en aislamientos y desconfianza mutua. Creo, que esta fue una consecuencia de la confrontación de los años setenta. En la metáfora de La peste, Camus la describe como "bacilo que no se muere ni desaparece; se esconde por decenios dormidos en muebles, ropa, alcobas, papeles, hasta que despierta, y para desgracia y enseñanza de los hombres (seres humanos), despierta a sus ratas y los manda a morir a una ciudad dichosa". Por ello, no hay caso; los seres humanos estamos condenados a la peste biológica, pero también a la peste moral y social, de la que nadie está exento.

Las consecuencias de la Guerra Fría en Chile estuvieron escondidas un tiempo, pero reaparecieron con las nuevas generaciones con aún más fuerza, en un escenario donde con la típica hipocresía chilena: muchos evaden su propia responsabilidad histórica, y la "dictadura" resulta ser la "culpable" de todo y no se le reconoce nada positivo, ni siquiera la recuperación económica post 1973 que evitó dos guerras y la entrega del gobierno en 1990.

Es nuestra peste, muy difícil de erradicar, en lo que nosotros, los presos militares, constituimos la gran "catarsis" de todos, tanto de derecha e izquierda, que quieren identificar solo a un grupo de hombres y mujeres como los únicos culpables de todo lo que sucedió en el país desde la década de los setenta en adelante. En cambio, los otros se renovaron o fueron amnistiados, indultados, algunos escaparon sospechosamente de la cárcel y viven en el exterior.

Es importante reiterar que nunca he pensado qué no debe hacerse justicia, dónde y cuándo corresponda, pero ésta debe ser justa, imparcial y sin "resquicios" judiciales creados para condenar a un sector a toda costa. **Sin embargo, respetar a la justicia y cumplir sus fallos no implica ni exige estar necesariamente de acuerdo con ellos.** Mal que mal, la justicia es una

obra humana y, por tanto, proclive a todos los vicios humanos. No en vano un ex Supremo en los Estados Unidos la definió como: "La justicia es lo que piensan tres jueces de cinco".

Por ello, los jueces deben ser incólumes, ya que si existen jueces deshonestos, el ciudadano lógicamente deducirá que hay personas honestas o inocentes condenadas. Creo que lo peor para la conciencia de un juez decente es quedar con la sensación de que actuó de manera injusta. Asimismo, es extremadamente duro para un ser humano cumplir una condena con la certeza de que el fallo es injusto.

Vuelvo entonces a la interrogante que me hice al inicio de estas líneas, sobre si valía la pena que mi tío bisabuelo muriera por una causa política que es colectiva y no solo individual. En mi caso, no se trata de la muerte física, pero sí de un asesinato social mediante un fallo injusto y vergonzoso para los profesionales de la judicatura que lo firmaron. Puedo denunciar de manera responsable que, en mi causa, la Primera Sala de la Corte de Apelaciones (conformada por Vasquez, Barrientos y Duran) cometió una doble y dramática injusticia. Por una parte, me "seleccionó" como culpable sin pruebas; y por otra, engaño a la familia de la víctima haciéndoles creer que el caso se resolvió, aunque no se determinaron los hechos, cerrado todo con una indemnización. En esta ocasión, no hubo ni verdad ni justicia; pero ¿a quién le importa esto cuando se trata de militares? ¡Es urgente restituir la justicia plena para todos en la Republica!.

Lo anterior significó que mi hijo, recién juramentado como abogado, tras leer el juicio y la sentencia, me expresó que no ejercerá la profesión. Para él, los conceptos éticos que se aplican en estos juicios no coinciden con lo que había aprendido. Por tanto, decidió marcharse al extranjero y realizar otra actividad.

En consecuencia, sería muy ingenuo de mi parte no darme cuenta de la verdadera causa que subyace en mi condena. **Si la sentencia en sí no lo deja claro, puedo inferir que existen otras razones detrás de ella.** Así es como abogados tanto en Chile como en el extranjero, que han estudiado mi caso, me lo han asegurado: **"Lo tuyo es político, no trates de entenderlo desde una perspectiva jurídica".**

Todo esto se complementa con el hecho de que nadie me acusó del delito, nunca presté declaración en el juicio, y no pude apelar ya que, al ser absuelto en primera instancia, el caso

fue elevado a casación. Además, se sumó una persecución mediática liderada por la prensa online de la ultra izquierda en Chile, Argentina, Venezuela, Nicaragua y Cuba, que inventó mentiras absurdas, como que en mis años en EE.UU había pertenecido a la CIA, que fui profesor de interrogatorios en el Pentágono o que participé en interrogatorios a prisioneros de Guantánamo.

De acuerdo con lo relatado anteriormente, surge la reflexión sobre si es posible que un juez sea imparcial en casos judiciales que están inmersos en un contexto político como el nuestro, a diferencia de aquellos con un trasfondo social, que son los más comunes. En las academias y Escuelas de Derecho se estudia el concepto del “velo de la ignorancia” propuesto por John Rawls, el cual sugiere que el juez debe abstraerse de todo lo externo y enfocarse exclusivamente en los hechos. Según mi experiencia, esto es imposible en los casos que involucran a militares. Ya que un juez, ante procesos relacionados con el gobierno militar, está naturalmente influenciado por su opinión, experiencias familiares, ideas y creencias, todo atravesado por la política, como enseñaba Aristóteles al describirnos como “Zoon Politikon”. Nunca, algunos de los Ministros que ven causa de DD.HH se han inhabilitado por alguna de las razones descritas. Se colige entonces, que ellos son los únicos “imparciales” ante un acontecimiento de crisis institucional, en el cual nadie es indiferente y que aun divide al país. Todo esto ocurre dentro de un sistema judicial de 1906, arbitrario, inquisitivo y secreto, que resulta propicio para vulnerar derechos, y qué, por lo mismo, fue desechado para el resto de los chilenos.

En lo que a mi respecta, no espero clemencia, sino que lo que corresponde a cualquier chileno, esto es un tribunal que no se esconda tras suposiciones, tincadas o conjeturas, convirtiéndolas forzosamente en “presunciones” y en cambio, determine claramente los hechos y las acciones concretas ejecutadas por el imputado. Nada más, pero nada menos.

Varios camaradas han sido víctimas de injusticias judiciales, y muchos también enfrentan este cautiverio en condiciones precarias debido a su avanzada edad y problemas de salud. Ojalá, algún día en lo personal pueda recuperar la fe en la justicia chilena.

Creo que para tranquilidad de todos, el nombramiento de jueces en Chile urge reformarlo. De partida, pienso que la peor ignominia para un profesional de la justicia es que sea seleccionado

por sensibilidad ideológica (cuoteo) y , ademas, unas señoras y señores parlamentarios que no son ni jueces les revisen los fallos, en este caso, de DD.HH. Por supuesto, la revisión no es jurídica, con esa sola ignominia y humillación, el seleccionado juez parte perdiendo su dignidad profesional y esto es gravísimo.

Desde una perspectiva ética, los imperativos categóricos de Kant, que representan principios racionales fundamentales, deberían ser la base moral del Poder Judicial, el cual hoy parece carecer de una brújula ética, según le consta a todo el país. Por ejemplo, uno de estos imperativos establece que ninguna persona debe ser tratada como un medio para los fines de otros, lo que implica que un juez debe impartir justicia por el deber mismo, y no por algún tipo de conveniencia personal o profesional. Sin embargo, en Chile, debido al sistema de selección de jueces, todos saben, tanto acusadores como acusados, que hay ministros que fundamentan sus ascensos condenando a militares, pasando por alto incluso la duda razonable.

David Hume, para mi gran filósofo escocés, dijo: “La razón es esclava de las pasiones; y las pasiones son la raíz del problema”. Por tanto, **éstas deben canalizarse en forma constructiva y equilibrada para que no sean destructivas para la sociedad.** Esas pasiones constituyen definitivamente la peste de lo que nos habla Camus.

Tal como lo expresé, mi percepción sobre el país es pesimista porque observo cada vez más mediocridad, que no es garantía de mejorar nada en la sociedad chilena. Para empezar, la mediocridad está en los tres poderes del Estado. ¿Alguien lo duda? Se evidencia en sus conductas, opiniones, decisiones, intereses, conflictos y miserias, de las cuales todos los chilenos somos testigos. Se perdió en los poderes fundamentales la ética, pero también la estética.

La educación que es la base de todo, está en el suelo y ya se nota en la generación más joven. Hoy, en los colegios, el más deficiente del curso tiene promedio 6.0. El 4.0 ya no existe, pese a que ese es “el promedio” de nuestra sociedad, y por ello la diferencia en un curso, entre el primero y último es sólo de un punto de diferencia. Esto, no es porque el último haya progresado en excelencia, sino porque hay una mayor permisibilidad y perdida de autoridad de los profesores hacia los alumnos. Todo esto es parte de la cultura “Woke”, donde el concepto de

discriminación ha sido llevado a límites irracionales. Lo expresado debilita la democracia, ya que ésta tiene tanto una dimensión ética como una instrumental. Las leyes, instituciones, normas y prácticas que la sostienen dependen de los seres humanos, quienes, con sus acciones y decisiones, le dan vida, dinamismo y la fortalecen o destruyen.

La intelectualidad, con tanto prestigio antaño, también está en crisis y ya no gravita mayormente en la sociedad, la que ha perdido orientación en un país que es una verdadera carrera, donde no hay tiempo ni pausa para el pensamiento y la contemplación, toda vez que ya no se estudia filosofía y por ende, se perderá la facultad de pensar en los temas trascendentales, sobretodo cuando se ha sumado la inteligencia artificial que pone en jaque a la ética y la moral.

En lo personal, no me puedo quejar, pese a mí desgraciada situación actual. Tengo a mi familia y amigos que me quieren y visitan, hasta desde el extranjero. En estas circunstancias se diferencian las amistades reales, a quienes agradezco profundamente, de los muchos "amigos" de oportunidad que se conocen producto de los cargos relevantes que uno haya desempeñado.

Tuve funciones de alta responsabilidad militar y en el ámbito de Gobierno, Subsecretario gral. de Gobierno (1988-1990) siempre bien evaluados, donde me perfeccioné, y maduré intelectualmente, pude hacer máster y doctorado ambos con las máximas calificaciones en Chile y el extranjero (7 final), viví en Europa. Dirigí la Academia de Guerra por 3 años, ejercí la docencia en Chile y en el exterior, me contrató EE.UU. para ser profesor titular por mas de 13 años, con mas de tres mil alumnos, y muchas publicaciones. Todo lo anterior me permitió tener una fiel compañera de ruta; la envidia.

Vivir en el extranjero largo tiempo me permitió observar a Chile desde la distancia, con sus virtudes y defectos, lo que me ha llevado a no crearme el cuento de que es el único país que se levanta de catástrofes y tragedias, del pueblo sufrido , etc., y que somos un ejemplo de esto y aquello. Somos igual a muchos países, mejores que algunos e inferiores a otros muchos.

En mi opinión, nuestro establishment tiende a vivir en una burbuja fantasiosa, creyendo que somos un referente ante el mundo, lo que no es coherente con la realidad interna del país y el

derrumbe de las instituciones. Se sale a buscar inversiones proclamando que se trata de un país serio y no se tiene nada más que esgrimir que el rescate de los mineros... y eso ya fue hace años.

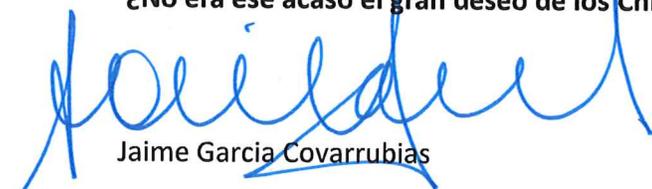
Somos un país que cargamos históricamente con traiciones y basta con revisar la historia para confirmarlo. Somos los inspiradores del estigma de "darse vuelta la chaqueta", cuando en la batalla de Placilla una unidad militar balmacedista se dio vuelta sus guerreras azules por el revés, que era sarga blanca, y así pasarse al bando congresista, que era el ganador y que vestía guerreras blancas.

Sigamos con nuestra historia. Carrera murió sólo y fusilado, Ohiggins exiliado con su núcleo familiar, Portales fusilado y traicionado, Balmaceda se suicidó estando asilado, Allende optó por el suicidio rodeado solo de sus médicos y sin la compañía de ningún dirigente de los partidos de la Unidad Popular, que hoy le desfilan y le llevan flores, Pinochet sin los aduladores y políticos que lo vitoreaban. En suma, la traición siempre está allí. ¿Es un atributo de todos los humanos o es una constante propia de los chilenos?. Para pensarlo...

Este es mi testimonio del Chile que me ha tocado vivir. En tanto, me inquieta la frivolidad y superficialidad que se ha impuesto, tanto para tratar la suerte judicial de un variado número de ex miembros de las Fuerzas Armadas mal juzgados, como asimismo, para detener el desplome evidente de las instituciones republicanas.

Sin embargo, A pesar de todo **¿Por qué valió la pena haber ejercido los cargos políticos en el gobierno Militar?**, muy simple y lo expresé en una extensa entrevista en la Revista "Cosas" de Diciembre de 1989, después del triunfo del Presidente Aylwin. En esa oportunidad declaré que me sentía orgulloso y tranquilo por el cumplimiento del compromiso asumido por el gobierno de las Fuerzas Armadas de reconstruir e instalar la democracia...al fin y al cabo...

¿No era ese acaso el gran deseo de los Chilenos y el compromiso adquirido?



Jaime García Covarrubias

Marzo 2025